

Antonio Cisneros

MOLLEPATA: UNA HISTORIA DE LAS AGUAS

Unas tierras en perpetua sequía, la historia de un antiguo canal, la sombra de un mítico hacendado, la reforma agraria, el *apu* Salcantay conforman el revuelto universo donde comuneros, golondrinos, propietarios, parceleros, promotores y un ingeniero holandés comparten algunas de sus vidas y sus muertes en esta saga, de la vida real, contada en cuatro escenas

PRIMERA ESCENA LA COMUNIDAD DE LA ESTRELLA

Mollepata, distrito de Anta, departamento del Cusco, está poblado por unos 3 mil agricultores de origen variopinto. Víctima de la sequía desde hace mucho tiempo, sólo espera de las lluvias o de Dios. En 1983 el Centro José María Arguedas inició una experiencia colectiva: la reconstrucción del canal La Estrella. Con 23 kilómetros de longitud y casi 3 mil metros de pendiente, el canal fue terminado en 1990.

El pueblo Mollepata se halla a 111 kilómetros de la ciudad del Cusco, capital del antiguo imperio de los incas. Eso en el mapa, porque en la vida real está en el fin del mundo. Saliendo del Cusco, y bien instalado entre pollos y mazorcas de maíz en un camión, se toma la carretera de Abancay, o lo que queda de ella, hasta llegar después de varias horas a una trocha transitada por bestias y unos cuantos vehículos de poderosa tracción.

Desde hace unos cinco años el camino está considerado entre las rutas de paso de Sendero Luminoso, las implacables guerrillas maoístas que asolan al Perú. Toparse con ellos o alguna patrulla militar hubiese sido una experiencia poco feliz. Nada de eso ocurrió. Al fin y al cabo es apenas una ruta de paso y no algún territorio que invite a la codicia.

El poblado está habitado por un millar de personas y es la capital del distrito del mismo nombre. Alrededor se extienden los terrenos de cultivo y

pastoreo que van desde los 2 mil hasta los 4 mil metros de altitud. Toda la región está rodeada por las montañas nevadas de los Andes y un inevitable cielo azul.

Alguna vez estas tierras fueron muy prósperas. Así lo dicen los escritos del mestizo Garcilaso de la Vega y las crónicas de los primeros españoles. Una red de regadío y un sistema de terrazas construidos por los incas eran garantía de abundantes cosechas.

Con el tiempo las terrazas sucumbieron ante la erosión y la red de canales se redujo a sólo dos, mantenidos mal que bien por los encomenderos colomales y los terratenientes republicanos. Después de la reforma agraria, en 1969, las cooperativas descuidaron en mucho los trabajos de mantenimiento. A fines de la década del setenta Mollepata era un distrito que moría de sed.

A un lado de la plaza del pueblo está, cual monumento en bronce, la única fuente de agua potable. Fue donada por la Alianza para el Progreso, en la era de Kennedy, y casi desde entonces no funciona. Más allá, los cultivos aparecen como champas de un verde amarillento y los peludos animales son flacos de solemidad.

El río Apurímac, seco con frecuencia, bordea un lado del valle y riega penosamente los terrenos más bajos. En estos lares, como en casi toda la sierra peruana, los campos dependen tan sólo de las lluvias o de la gracia de Dios. Y Dios, al decir de los lugareños, hace mucho que abandonó a Mollepata.

«Mi nombre cristiano es Ramiro y soy, señor, de Santiago de Pupuja, tierra baja nomás. Antes, cuando yo era muchachito, si usted viera. Todo por allá eran árboles de fruta. Peras, naranjas, manzanas rojitas. Teníamos también tremendos zapallos y tomates, hasta coliflores. Ibamos al Cusco a vender en el mercado. Vendíamos en cantidad.»

Ramiro se acerca al medio siglo y es un propietario mediano. Posee 30 hectáreas, pero la interminable sequía lo ha arruinado. Sus hijos trabajaron en las faenas de la reconstrucción del canal. Él también, sin mucho entusiasmo. Sería un hombre rico, sólo que en esta tierra hasta los ricos son pobres.

«Ahora han levantado otra vez el canal de La Estrella. Dicen que el agua ya baja por esta parte. Dicen nomás, porque para que llegue a mi territa faltan todavía unos ramales. Para cuándo será. Yo, señor, ya no voy a misa y no iré hasta que el agua no venga.»

Otro es el caso de Filiberto, a quien llaman *Soncco Sua*, que en quechua quiere decir «El que roba corazones».

«Mis abuelos vinieron de las punas de Anta y se colocaron como peones en la hacienda de don David Samanez Ocampo. Decían que era malo, pero que en la

hacienda había de todo para todos Esa es la hacienda que llaman Marcahuasi Yo crecí en esas tierras cuando don David ya había fallecido

»Después vinieron los sobrinos Eran bien abusivos Paraban en Lima nomás Hasta que el general Velasco hizo la reforma agraria en 1969 Los peones nos organizamos en cooperativa Con ingeniero agrónomo, enfermera y un montón de tractores que mandó el gobierno Al principio todos estábamos contentos, sin experiencia pues, pero luego los dirigentes se descarriaron y entonces algunos decían 'que mejor vuelvan los Samanez Ocampo' y, no sé cómo, los tractores se volvieron chatarra y el agua se acabó y yo me quedé de parcelero pobre A las justas tengo 3 hectáreas Ahora, con el agua de La Estrella, voy a sembrar maíz »

Hasta los años sesenta, amén de unas pocas comunidades dispersas y tierras de pastoreo, buena parte del distrito rural de Mollepata estaba repartido en dos grandes haciendas Marcahuasi y La Estrella Ambas propiedad de la familia Samanez Ocampo Cada una con su canal de regadío de origen incaico El de Marcahuasi fue abandonado poco después de la Segunda Guerra, pero el de La Estrella funcionó hasta los primeros años de la reforma agraria

Los latifundios fueron sucedidos por las cooperativas que entonces propició el régimen militar Las reformas, bien intencionadas en el papel, terminaron en el más completo fracaso Aparte de la desorganizada inexperiencia de los nuevos dueños, la idea de que todos eran propietarios echó por tierra una serie de obligaciones antes mantenidas por el látigo paternalista del gamonal Entre ellas, la labor necesaria para la conservación del gran canal La Estrella A mediados de los setenta dependían tan sólo de las erráticas lluvias

En 1974 el gobierno militar inició las obras del llamado Canal Nuevo Todo fue planeado en Lima, por los expertos del Ministerio de Agricultura, y en su trazo no se consideraron las antiguas vías de agua En suma, los campesinos que conocían el terreno desde hacía milenios quedaron al margen de toda decisión

El financiamiento, del orden de los 7 millones de dólares, estuvo a cargo del Banco Interamericano de Desarrollo, sin contar las inversiones en los estudios previos a cargo de una entidad peruana conocida como Plan Meris Los ejecutores del trabajo fueron los contratistas de la Compañía Vítor Las cargas de dinamita retumbaron durante varios años Nunca en la región se había visto tanta maquinaria pesada El Canal Nuevo en cuestión sólo comprendía unos 14 kilómetros

Los errores empezaron desde la concepción Se había pensado en un canal de base trapezoidal y ancha, igual a los que se usan en los terrenos planos de la costa y se tienden como las vías de un tren Además tenía serias fallas en el drenaje y los muros de protección Dada su estructura, el problema central era su incapacidad de adaptarse a las enormes y complejas vertientes del terreno

En 1977 fue terminado Con las primeras pruebas se derrumbaron varios tramos a causa de los aluviones, tan frecuentes en la cordillera.

Reparadas y corregidas esas carencias, el Canal Nuevo fue inaugurado, con bombos y platillos, en 1978. A la semana siguiente, las primeras lluvias de la temporada lo hundieron para siempre.

El Centro José María Arguedas del Cusco es una organización no gubernamental que, entre otras, lleva a cabo labores de promoción agraria. Luego de haber colaborado con los campesinos en pequeñas irrigaciones y mejora de sembríos, en 1982 decidieron emprender la reconstrucción del canal La Estrella.

A diferencia de los paternalismos sucesivos, esta vez se trataba de realizar una labor comunitaria. Hacia 1983 contaban con cierto apoyo técnico de los holandeses y en 1987 lograron un financiamiento de la agencia alemana Agro-Acción. El reto principal era, sin embargo, organizar la participación de los interesados.

Mollepata es, en realidad, un complicado universo de gentes. Existen algunas comunidades libres, como la de Marcahuallia, donde la tradición de trabajo comunitario tiene muchos siglos. Otros son antiguos peones de las haciendas, luego cooperativistas, cuyo espíritu solidario es escaso y su pertenencia a esta tierra no va más allá de tres generaciones. También hay un número de pequeños propietarios y unos cuantos medianos que, debido sobre todo a la sequía, cultivan una mínima porción. Hay además campesinos sin tierra, casi parias, que ocupan una o dos hectáreas de tierra mala abandonada por sus dueños.

«Conciliar tantos intereses fue terrible» —comenta un joven sociólogo del José María Arguedas— «Por una parte, la gente de Mollepata desconfiaba de todo proyecto después del asunto del Canal Nuevo que, dicho sea de paso, aún no terminan de amortizar. Por otra, se había perdido el espíritu de trabajo colectivo, salvo entre la gente de los antiguos ayllus que, por desgracia, eran los menos».

»Aunque todos morían por el agua, fueron muy escasos quienes asistieron a las primeras reuniones de planificación. Tampoco se incorporaron en número suficiente a las jornadas de trabajo, que eran mitad remuneradas y el resto voluntarias. Eso fue al comienzo. Después, con el tiempo y el tiempo, logramos un excelente ritmo a partir del 87».

»Desde el año pasado las aguas recorren todo el canal. Tiene 23 kilómetros y una pendiente de casi 3 mil metros. El caudal viene sobre todo de los deshuelos del nevado Salcantay, que tiene 6 mil 271 metros. Ahora el trabajo está dirigido a los ramales de distribución. La distribución nos plantea un nuevo problema. No es lo mismo tener la tierra cerca de la bocatoma que en las laderas alejadas. Habrá que ver.»

Hoy es día de fiesta en Mollepata. Los campesinos celebran a la Virgen del Perpetuo Socorro. Danzan y cantan llevando las andas de la Virgen, que tiene fama de muy milagrosa. A su repertorio tradicional han incorporado, me lo hace notar un lugareño, una nueva canción: «Agua, aguita de La Estrella, sé buena con el zorro y el venado, con el gavián y la serpiente. Sé buena y abundante, por el amor de Dios.»

SEGUNDA ESCENA DE MALI A MOLLEPATA

Jan Hendriks nació en Holanda, bajo el nivel del mar, pero encontró su razón de vivir en la Cordillera de los Andes. Fue el técnico principal en la reconstrucción del canal La Estrella. Su oficio, más allá de la ingeniería hidráulica, fue enseñar y aprender entre los campesinos de Mollepata.

«Era un gringo colorado con tremendas manazas. Nosotros parecíamos enanos a su lado. Aquí en Mollepata jugaba con las criaturas y bailaba en las fiestas. Bien buena gente era el gringo. Se llama Jan o Juan. Trabajaba como cualquier cholo, duro, igualito que nosotros. Siempre andaba de buen humor, aunque a veces se amargaba cuando alguien hacía trampas o alguna pendejada. Era bueno pero no zonzo. Ese Jan sabía como las arañas. Él había aprendido de regadío y canales en su tierra. Era ingeniero y era holandés. No era pretensioso como otros ingenieros. Sabía escuchar y también aprendía de los campesinos. Creo que por eso pudimos rehabilitar La Estrella. Entusiasta era el gringo. Al comienzo parecía un loquito, ahora le debemos mucho. Era colorado y soñador.»

Jan Hendriks luce como un hombre joven. A primera vista nada lo diferencia de esos muchachones nórdicos dedicados a la comida macrobiótica y a las afanosas excursiones ecológicas. Aunque en la vida real es el ingeniero hidráulico que asesoró los trabajos del canal La Estrella entre 1983 y 1988. Ahora, casado con una peruana del Cusco, padre de dos niños, reside en Lima y trabaja para la Cooperación Técnica Holandesa.

«Desde niño me entusiasmó trabajar con gente de pocos recursos. Eso viene quizás de mi padre, que pertenecía a un gremio de cultivadores de champiñones allá en Holanda. Lo animaba la idea de construir algo en comunidad. Además me encantaba levantar cosas con barro, piedras, palos. También me dediqué al aeromodelismo.

»A comienzos de los años setenta salí del liceo. Fui a la Universidad Técnica para estudiar aerodinámica. Era por eso del aeromodelismo. Creo. La cosa en realidad fue demasiado sofisticada, además, no me convenía la opción de terminar en una transnacional. La aerodinámica pronto me decepcionó.

»Eran otros tiempos. Los jóvenes europeos éramos progresistas. Yo tenía unos parientes religiosos que trabajaban en África. Entonces decidí estudiar ingeniería hidráulica para servir en las irrigaciones africanas.

»Aquí llegué por casualidad. En Amsterdam encontré en la calle a un amigo todo rojo, quemado por el sol del Altiplano. Me contó que venía de Puno, a cuatro mil metros de altura, en el Perú. Estaba feliz. Me habló de las comunidades indígenas y del lago Titicaca. No lo pensé dos veces y postulé a la cooperación para estudiantes. Acabé en Puno participando en un proyecto de molinos de viento. Fue en 1979.

»Al año siguiente hice mis prácticas en Malí. A diferencia de los campesinos peruanos, los africanos eran poco participativos. Creo que estaban acostumbrados a la tradición colonial francesa. Volví a Holanda desanimado.»

Recibido de ingeniero hidráulico, Jan Hendriks vino al Perú en 1983. En el milenario Cusco se puso en contacto con el Centro José María

Arguedas, una organización no gubernamental de promoción campesina. Todo empezó como un proyecto de pequeñas irrigaciones comunales en el lejano distrito de Mollepata. Y cuando menos se dieron cuenta se hallaban embarcados en la rehabilitación del canal La Estrella.

«Al comienzo nos metimos sin saber que era un proyecto que excedía en mucho lo de pequeñas irrigaciones. No teníamos demasiada conciencia de los problemas de orden técnico, tampoco de la complejidad de las relaciones sociales. Hemos cometido muchos errores.»

No era tarea menuda construir el canal de 23 kilómetros despeñándose entre la roca dura de los Andes. Pero más difícil era lidiar con tantos y tan variados personajes en un trabajo comunal. En esa vasta región de Mollepata habitan desde pastores de altura que aún adoran a sus dioses ancestrales, hasta los agricultores del valle que suelen vender sus productos en la ciudad del Cusco. Desde las antiguas comunidades indígenas con firmes hábitos colectivos, hasta los peones golondrinos sin otros lazos entre ellos que la necesidad. Todos huérfanos de agua y destinados, en principio, a ser beneficiarios de la misma irrigación.

«La gente necesitaba el agua a gritos y, claro está, andaba muy entusiasta con el proyecto del canal. Pero en la práctica fue muy duro organizarnos. En el año 83 hicimos los primeros encuentros. Nos vinculamos con los campesinos instalados en la capital del distrito y sus alrededores. En realidad metimos la pata. Ellos eran lo que podríamos decir, exagerando, medianos productores. Preferían rehabilitar algún otro canal más pequeño que irrigara la parte baja, donde estaban sus tierras. Entonces decidimos tratar con los campesinos más pobres. Había que rehabilitar La Estrella para servir también a las tierras altas y marginales.»

«A pesar del entusiasmo y la necesidad, la mayoría fue muy desconfiada al principio. Durante un par de décadas ellos vieron el hundimiento de los canales por abandono de las autoridades y la cooperativa. Su última esperanza fue el llamado Canal Nuevo. Una obra faraónica del gobierno, con financiamiento del Banco Interamericano de Desarrollo, que a la semana de inaugurado se derrumbó con las primeras lluvias.»

«En realidad, en la obra del Canal Nuevo todo el trabajo lo hicieron los contratistas. Ni los obreros ni los planos tuvieron que ver con la región de Mollepata. Esta vez quisimos organizarnos con los pobladores en un trabajo comunal y sobre la base del canal primitivo que, en última instancia, había sido concebido por los incas. Casi sin maquinaria, la técnica tenía que adecuarse al terreno escarpado y a la fuerza laboral.»

«El 10 de diciembre de 1983 se formó el Comité Pro-habilitación y Riego del Canal La Estrella. A la primera reunión no asistieron más de veinte campesinos. Nuestro local eran un par de cuartos prestados por un pequeño comerciante en el pueblo mismo de Mollepata. Los fundadores fueron sobre todo los más viejos y los más pobres. No era francamente el ideal. Poco a poco se incorporaron otras personas y llegamos a una cincuentena. Así estuvimos casi un año.»

Los promotores del José María Arguedas, Jan Hendriks y algunos dirigentes campesinos se embarcaron en la difícil tarea de la organización.

hasta 1986 Los trabajos prácticos se reducían a operaciones de limpieza En un momento dado estuvieron al borde de tirar la esponja Los promotores sentían que su tarea era vana y los agricultores estaban hartos de tanta reunión y tantos planes En algunos casos, un campesino tenía que caminar dos o tres horas para llegar a una reunión, útil o inútil, y otras tantas horas para volver a casa

Además, la envergadura de la tarea no sólo sorprendió al animoso holandés los pobladores creyeron en un comienzo que con 2 mil jornadas de trabajo el canal estaría terminado Para los primeros 15 kilómetros, hacia 1988, fueron necesarias unas 30 mil jornadas Ochenta familias, de cuatro miembros, son las que en verdad han rehabilitado con su trabajo La Estrella Aunque las favorecidas serán unas 300 Esto plantea serios problemas, no resueltos todavía, para la repartición del agua.

«Lo lógico sería» –dice Hendriks– «que los que más han trabajado tengan más agua. Por ahora no podemos darnos este lujo, pues algunas familias tienen, aunque mal cultivadas, cerca de 60 hectáreas y en unas cuantas propiedades se ríe un tercio del caudal No suena justo, pero el reparto debe ser igualitario

»Ahora que el ramal principal de La Estrella está funcionando, hay que ver las formas de pago compensatorio que deben quienes no participaron Ahí tenemos una nueva dificultad Acostumbrados al asistencialismo del latifundista o del Estado, muchos agricultores no se sienten en deuda.

»Claro que eso depende de cada sector Los pobladores de las antiguas comunidades indígenas son más colaboradores Están dispuestos a pagar la compensación en arobas de maíz o costales de papa. También están organizados para compartir el acceso al agua, repartir las horas de caudal o multar las irregularidades

»Otra dificultad con los campesinos sin tradición comunal es su inmediatismo Y eso es serio Una irrigación no sólo es construir el canal sino, y sobre todo, mantenerlo Ese es un trabajo metódico en donde no se ven los frutos a corto plazo »

Parece claro que ahora con el canal principal terminado y sus ramales en la etapa final la clave es, como hace nueve años, un asunto de organización Desde el control de las tomas de agua hasta la justa distribución En cualquier caso, los hombres y mujeres de Mollepata, desde su Comité de Rehabilitación, han asumido el reto Dice don Hermelindo, comunero de Marcahuaylla, adonde el agua de La Estrella llega desde hace casi dos años

«Todo esto que ve, caballero, el año pasado era pura pampa seca nomás Ahora hay bastante haba, trigo, maíz No sé cómo nos va a ir en lo venidero, pero no creo que sea peor que en los últimos tiempos Cuando terminemos los canales laterales habrá agua para todo Mollepata. Sólo tenemos que organizarnos bien derechitos La cosa está brava, caballero, muy brava. Pero va.»

Hendriks está orgulloso de su trabajo Más allá de la tecnología, con la que resolvió cataratas más altas que los montes más altos de Holanda y

filtraciones abismales en donde el agua se perdía sin remedio, lo conmueven esos seis años en los que aprendió y enseñó a trabajar en comunidad. Los habitantes de los Andes serán en su memoria, para siempre, unos seres laboriosos, cálidos y fríos como la realidad, sin el menor parentesco con los paisajes de pacotilla donde un indio toca la quena, al lado de su llama, con los ojos en blanco.

TERCERA ESCENA LOS DIOS DEMANDAN SACRIFICIOS

Las montañas más altas de los Andes son montañas y dioses al mismo tiempo. Son los *apus* o dioses tutelares. Aun en nuestros días en muchas latitudes (y altitudes) del mundo quechua los campesinos veneran a los *apus huamanis*. Los constructores de La Estrella mucho tuvieron que ver con este milenarismo ritual.

En los domingos y fiestas de guardar, los habitantes de las punas y los caseríos perdidos suelen desplazarse hasta el pueblo más próximo para asistir a la misa temprana. Interminables desfiles de campesinos con ponchos multicolores, acompañados a veces por unos cuantos perros y carneros, llegan a los templos de Dios. Empieza el día.

Sin embargo no es, como podría creerse, la primera oración de la jornada. Poco antes de descender a la ciudad, a la hora precisa en que el sol aparece entre la cordillera, los campesinos han hecho sus ofrendas de hojas de coca y oraciones al *apu* tutelar. Han cumplido así con los antiguos dioses y el Dios cristiano.

Los *apus huamanis* no son dioses creadores como el sol ni protectores como puede ser la luna. En verdad son terribles. Exigen tributo a quien ose cavar en sus laderas. Sólo así se evitan grandes males. La forma ancestral de apaciguarlos ha sido ofreciendo sacrificios humanos.

En el Perú se encuentra el ferrocarril más alto del mundo. Construido en el siglo pasado, entre Lima y Huancayo, las vías llegan hasta los 5 mil metros de altitud para cruzar la Cordillera Occidental. Cuando se realizaron las obras de una carretera paralela, en 1920, fueron desenterrados centenares de esqueletos tributados al *apu*. En posteriores arreglos y ampliaciones de la carretera descubrieron, a su vez, que allí también se había pagado con las vidas de humanos y animales.

Más allá de la conciencia occidental de los antiguos ingenieros ingleses del ferrocarril o de los modernos ingenieros peruanos, las cuadrillas de obreros indígenas cumplieron con sus ritos en algún recodo secreto de la montaña.

Mollepata en 1991. Esta tierra de agricultores pobres y pastores es, en términos relativos, una región evolucionada. Muchos de sus pobladores hablan sólo español y no visten a la vieja manera. Por otra parte han conocido latifundismo, cooperativismo y las leyes de la oferta y la demanda. Y, sin embargo, la voz del *apu* todavía canta en el fondo de los corazones.

«Paulino Huayhuaca es mi santo y seña. Yo creo pues, señor, en Cristo Jesús misericordioso Soy cristiano, señor Pero creo también que hay que tener la benevolencia de los huamanos para romper la roca Así ha sido siempre la costumbre y no puede cambiar »

Paulino es de Santiago de Pupuja Su edad oscila entre los 50 y 70 años, aunque aparenta 100 Ha sido un entusiasta colaborador de la primera hora en los trabajos de La Estrella

Los más jóvenes, luego de su paso por la escuela, ignoran el viejo pacto con las montañas o fingen ignorarlo En cualquier caso no es algo que concierna, según ellos, a este cronista venido de Lima Aunque una noche, entre trago y trago de aguardiente de caña, sentí que los dioses gozaban al menos del beneficio de la duda

«Es como cuando pasas delante de una iglesia Te santiguas aunque no exista Dios, ni el diablo tampoco Con tantos años de sequía, de maíz quemado y animales muertos, había que rehabilitar el canal El agua era antes que nada Con tanto pico y pala y dinamita el *apu* Salcantay podía resentirse Sólo los ancianos saben pedir permiso »

Aunque el rito es sin duda milenario, en los últimos cinco siglos, desde la llegada de los españoles hasta hoy, ha cobrado un nuevo matiz el enfrentamiento cultural El respeto que los antiguos peruanos tenían por las grandes montañas fue pisoteado por la economía minera de los conquistadores Al fin y al cabo, el oro y la plata del Perú provenían de las entrañas mismas del *huamani*

Los frecuentes derrumbes en las minas fueron entonces asociados con la furia de los dioses Con el correr del tiempo todos los accidentes en las obras viales o mineras, y los mismos desastres naturales, han sido achacados de algún modo a la tecnología occidental Muchos creyeron, por ejemplo, que la hecatombe del Canal Nuevo en 1978 se debió a la falta de consideraciones para el *apu*

En los trabajos del canal La Estrella, si bien de una manera más ambigua, no dejaron de presentarse estas controversias Habla uno de los promotores del centro José María Arguedas

«Por un lado la mayoría de los campesinos participaba en las reuniones del Comité de Rehabilitación Discutían sobre el trabajo, los presupuestos y la técnica como cualquiera de nosotros Sin embargo, en el fondo los más ancianos y algunos muchachos estaban muy inquietos porque las ofrendas al *apu* no habían sido consideradas entre los planes

»Ese malestar ya se sentía desde que empezamos a limpiar las ruinas del antiguo cauce La cosa se fue complicando con las primeras voladuras de roca. Conforme nos acercamos a las faldas del Salcantay, el sordo rumor se convirtió en un problema real Hay que entender que el Salcantay, con sus 6 mil 271 metros de altura, ha sido el dios mayor de Mollepata desde el principio mismo de los siglos Al mismo tiempo, casi toda el agua que lleva el canal procede de las nieves perpetuas de esa montaña

»Al comienzo se manifestaron escamoteando el trabajo. Luego, los más viejos se negaron a hablar en español. Es verdad que bastantes campesinos eran, al menos en apariencia, indiferentes al conflicto. Lo que no evitó que, en un momento dado, fuera imprescindible reunirnos a discutir el caso.

»Aunque parecía mentira, había un grupo que insistía en quechua, no en español, sobre la necesidad de ofrecer algún humano al *apu* Salcantay. La negativa horrorizada de la gente del José María Arguedas y de los agricultores más modernos no los desanimó. Inclusive negociaron ciertas alternativas. Sin perturbar la tradición, era posible ofrendar algún opa, o sea un loco o un sordomudo. Lo que, por supuesto, también era inaceptable.

»Las discusiones, con idas y vueltas, se sucedieron a lo largo de un par de años. Con frecuencia, y a cambio, se hablaba de sacrificar animales. Tampoco nos pusimos de acuerdo. En fin. Ahora que La Estrella está casi terminado, no podría asegurarle con franqueza si en las bases más altas del canal no han enterrado unas cuantas alpacas, un viejo buey o a algún pobre lunático.»

CUARTA ESCENA LA HIJA DEL GAMONAL

David Samanez Ocampo fue el antiguo dueño de las tierras donde se ha reconstruido el canal La Estrella. Último de una dinastía de pioneros y gamonales, llevó a cabo los trabajos del canal desde 1914 hasta 1931. Vía de agua que a su vez, como muchas de los Andes, era de origen incaico. La reforma agraria puso fin al orden paternalista y también, por desgracia, al viejo canal.

Doña Aleja Samanez de Baumann, hija de David Samanez Ocampo, se acerca sin apuro a los 90 de edad. Sus ojos azules contrastan con un exagerado acento andino de erres cerradas y silbantes eses. Me recibe con suma amabilidad y me ofrece un vaso de jugo de manzana. «Es bueno para el cerebro.» El sobrio departamento burgués en el limeño distrito de San Isidro se halla a años luz de la casona señorial de Marcahuasi. Como también a años luz de su memoria.

«Era una casa preciosa. Mi infancia y mi juventud las pasé muy feliz entre esos patios, balastradas y zaguanes. Mamá había plantado un jardín de rosas de más de media hectárea. La casa tenía treinta y tres habitaciones, sin contar las del servicio. Yo nunca las conocí todas. Algunas piezas estaban clausuradas. Eran las piezas habitadas por las almas en pena. Eso decían al menos las indias que nos atendían. Eran unas mujercitas supersticiosas. La casa la empezó mi abuelo y la terminó mi padre.»

En las antiguas haciendas de los Samanez Ocampo, La Estrella y Marcahuasi, aún están en pie las grandes casas del terrateniente. Abandonadas por los dueños poco antes de la reforma agraria, a mediados de los años sesenta fueron luego transformadas en oficinas para los dirigentes de la cooperativa y eventualmente en depósitos de tractores. De hecho, la casa de La Estrella se halla casi en ruinas, mientras que la de Marcahuasi

(espléndida en la memoria de doña Aleja) conserva aún el aire, sólo el aire, de lo que fue

El conjunto edificado lo completan, amén de un caserío para trabajadores (también en ruinas), el trapiche azucarero y una destilería de alcohol con sus enormes tubos y marmitas de bronce, donde se halla grabado Buffalo, N Y , 1902 Todo inservible desde hace ya muchos años El trapiche y la destilería se explican porque alguna vez estas partes bajas de la sierra, algo más de 2 mil metros de altura y un microclima cálido, estuvieron cubiertas por hectáreas feraces de caña de azúcar Cultivo más bien costefío, raro en la Cordillera de los Andes

«Teníamos agua en abundancia. Esa fue siempre la preocupación de papá El agua Sin agua no hay vida ni hay nada Mi abuelo fue también un insigne buscador de agua. Después de la guerra con Chile, en 1883 y 1884, él dirigió una expedición por los ríos Apurímac, Ene, Tambo, Ucayali y Urubamba Descubrió nuevas vías fluviales y los caminos de agua que llegaban hasta nuestras haciendas en la provincia de Anta Mi abuelo se llamaba José »

David Samanez Ocampo –quien, dicho sea de paso, llegó a ser presidente del Perú por unos cuantos turbulentos meses allá en los años treinta– fue una suerte de Fitzcarraldo de las altas provincias de Anta Intrépido y sacrificado, al tiempo que brutal y autoritario Señor de horca y cuchillo como los antiguos latifundistas serranos, pero al mismo tiempo conocedor de primera mano de las necesidades de sus trabajadores Ogro y partero, todo a la vez

Para doña Aleja es inconcebible que la historia moderna lo considere un gamonal

«Mi padre era el primero en levantarse y el último en acostarse Hacía de partero y de veterinario Sólo él llegaba hasta las alturas donde los indios tenían miedo de acercarse Una vez construyó unas quince casitas para la peonada, pero ellos no quisieron habitarlas Preferían hacer sus propias casas Eran sus costumbres Pero a papá todos lo querían »

Lo cierto es que en medio del paternalismo, a pesar de las graves injusticias, las cosas funcionaban Así lo piensan al menos muchos de los antiguos peones de Samanez Ocampo Sobre todo a la luz del fracaso, veinte años después, de la reforma agraria Habla Fermín Huilca, parcelero de Marcahuasi

«En los tiempos viejos no faltaba el agua Y todos teníamos derecho a las acequias el día domingo Así uno podía crecer bien sus propios animalitos, su trigo, su maíz Don David mismo dirigía la limpieza del canal Él mismo construyó el de La Estrella Lo construyó preguntando a los antiguos, a los que sabían No como el canal que construyó el gobierno después de la reforma agraria. se cayó todito con las primeras lluvias Los ingenieros de Lima no sabían nada de este terreno No como nosotros »

Martino Arrieta es un campesino del pueblo de Mollepata. No conoció al mentado don David Educado en el sindicalismo y la lucha social, no parece creer que todo tiempo pasado fue mejor.

«Mi taita dice cosas y cosas de los latifundistas, buenas y malas. Cómo será, pues. Dice que Samanez les daba papa y látigo con la misma mano. La reforma agraria era necesaria. Si no, para qué se hizo. Lo que ocurre es que los sinvergüenzas nunca faltan, y eso fueron muchos dirigentes de la cooperativa sinvergüenzas. Además todos esperaban la ayuda del gobierno. Así se volvieron ociosos, vagos nomás. Yo no sé cómo sería Samanez Ocampo. Sólo sé que la reforma agraria nos dejó sin agua.»

En su sillón floreado, doña Aleja evoca a su padre montado en un caballo de paso ligero. Ella se recuerda también, joven y bella, cabalgando desde la hacienda hasta la ciudad del Cusco en tres jornadas.

«Todo fue bueno para todos, hasta que aparecieron esos tipos, cómo llamarlos, no sé, (baja la voz) comunistas, vengativos, no sé. Gente mala que no era de la nuestra.»